

ACTAS
DE S. TARACO,
DE S. PROBO, Y ANDRONICO,

MARTIRES.

Sacadas de diversas ediciones, cotejadas con muchos Manuscritos Latinos, y particularmente con uno Griego de la Biblioteca de M. Colbert, mucho mas extenso que los otros.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

PAnfilo, Mariano, Lisias, Agatocles, Felix, Gemelo, Atenion, Taraco, y Orosio: á nuestros amados hermanos Baso, Berulo, Timoteo, y Aquilo; y á todos los Fieles de Icona, que están santificados por la Fe, y unidos por la caridad de nuestro Señor Jesu-Christo.

Hemos tenido cuidado de recoger con toda la exâctitud posible, lo mas notable que ha pasado en Cilicia en la muerte de algunos Mártires, cuyas cadenas deseáramos poder llevar nosotros, y cuyas Actas os enviamos; asegurándoos al mismo tiempo, que no nos podreis dar mayor gusto que publicarlas. Sabed, que las hemos sacado de los registros de la Audiencia criminal de Tarso, por medio de Sabasto, uno de los Alguaciles de esta Ciudad, que nos las ha conseguido median-

diante la suma de doscientos dineros. En ellas vereis el principio, y la serie del martirio de estos hombres admirables; su glorioso fin, y los prodigios que se ha dignado Dios obrar por ellos para gloria suya, y para nuestra edificacion. Os suplicamos que deis parte de ellas á los Fieles de la Pisidia, y de la Panfilia, á fin de que nuestro Señor Jesu-Christo sea glorificado; y que cada uno de vosotros halle en esta fiel relacion un nuevo motivo de animarse á combatir, con el auxilio del Espíritu Santo; á los enemigos de la verdad.

INTERROGATORIO PRIMERO.

EN el nono Consulado de Diocleciano, y el octavo de Maximiano, á veinte y uno de Mayo, teniendo su audiencia pública en Tarso, Capital de Cilicia, Flavio Cayo Numeriano Máximo, Gobernador de la Provincia, dixo el Centurion Demetrio: Señor, el Esento Eutolmio Paladio ha trahido de Pompeyópolis tres hombres de la impía secta de los Christianos, los cuales han recusado obedecer á los edictos de los Emperadores; y son estos que están aquí presentes. Entonces el Gobernador Máximo le dixo á Taraco: ¿Cómo te llamas? porque siendo tú el mas viejo de los tres, debes tú ser preguntado el primero: responde pues. T. Yo soy Christiano. M. Quita allá esa impiedad, que no te hace mucho honor, y dime solamente tu nombre. T. Yo soy

Tom. II. V 3 Chris.

Christiano. M. Rompedle las quixadas, y decidle: Otra vez no respondas una cosa por otra. T. Este es mi verdadero nombre: Si quereis saber el que he recibido de mi padre, me llamo Taraco; y en el Exército me llamaban Víctor. M. ¿De qué profesion, y de qué pais eres? T. Yo soy soldado, y Romano, y Claudiópolis, Ciudad de Isauria, es el lugar de mi nacimiento; y porque soy Christiano he dexado el servicio. M. Bien hecho, porque tu impiedad te degrada, y te hace indigno de llevar las armas: no obstante, quiero yo saber cómo has obtenido tu licencia. T. La pedí á Publion mi Capitan, y me la concedió. M. Pues mira, compadézcome de tu vejez; pero es preciso que obedezcas á las órdenes de los Emperadores, y te prometo, que si lo haces de tu voluntad, tendrás motivo para estar contento conmigo. Vamos, ven, y sacrifica á los Dioses; nuestros Príncipes les ofrecen sus cultos. T. Vuestros Príncipes cometen un grande error. M. Deshacedle la boca por lo que ha dicho. T. Sí que lo he dicho, y lo vuelvo á decir otra vez, que lo cometen; ¿pues no son hombres para errar? M. Sacrifica á nuestros Dioses, y dexate de todos esos rodeos. T. Yo sirvo á mi Dios, y cada dia le sacrifico, no la sangre de las víctimas, sino un corazon puro; porque Dios no gusta de esa especie de sacrificios sangrientos. M. Ciertamente tengo compasion de tu vejez: renuncia, pues, toda esa vana supersticion, y sacrifica á nuestros Dioses; mira que te hablo como amigo. T. Yo

no

no renuncio tan facilmente la Ley de Dios. M. Acércate, te digo, y sacrifica. T. No cometeré semejante impiedad: tengo mucho respeto á la Ley de Dios. M. ¿Y tenemos nosotros otra ley? Dí, cabeza de hierro. T. Sí por cierto; y es la que os manda adorar á la madera, á las piedras, obra toda de vuestras manos. M. Dadle de pezozones, y decidle: Dexa ese vano encaprichamiento en que estás. T. No dexaré yo un capricho, que salva mi alma. M. Yo te le haré dexar bien presto, y te haré cuerdo, á pesar tuyo, y aunque tú no quieras. T. Bien podeis hacer lo que gustéis, á vuestro arbitrio está mi cuerpo. M. Quitadle los vestidos, y azotadle muy bien con varas. T. Verdaderamente has hallado el secreto de hacerme cuerdo; yo mismo me hallo fortificado por las llagas que acaban de hacerme, y siento que crece en mí mas, y mas la confianza que tengo en mi Dios, y en Jesu-Christo. M. ¡Ah malvado! ¿cómo puedes decir que no hay sino un Dios, quando ahora mismo acabas de nombrar dos? T. Yo confieso á el que es el verdadero Dios. M. Pues si dices que sirves á Dios, y á Jesu-Christo. T. Está muy bien; pero es porque Jesu-Christo es Hijo de Dios, y un solo Dios con su Padre, esperanza de los Christianos, por el qual sufrimos, y por quien somos salvos. M. ¿Otra vez? Dexate de esos vanos discursos, acércate, y sacrifica. T. Estos no son vanos discursos, sino la verdad. Sesenta y seis años tengo, y siempre he vivido en el conoci-

mien-

miento, y amor de esta verdad; jamás me he apartado de ella. Entonces le dixo el Centurion Demetrio: Hombre miserable, ten compasion de tí mismo, y sacrifica; créeme. T. Retírate de ahí, apártate de mí, Ministro de Satanás. M. No perdamos el tiempo; que lo carguen de cadenas, y que lo lleven á la carcel. Haced que entre el que se sigue.

Entróle el Centurion Demetrio, y dixo: Señor, aquí está. M. ¿Cómo te llamas? Respondió: Yo tengo dos nombres; el mas noble es Christiano, y el que los hombres me dán, es Probo. M. Y bien, Probo, ¿de qué familia eres, y de qué pais? P. Mi padre era originario de Tracia, y yo he nacido en Sida, en la Panfilia. Mi familia no es muy ilustre; pero yo soy Christiano. M. No la ilustrarás tú mucho con ese nombre, ni es nada á propósito para hacer fortuna. Créeme, sacrifica á los Dioses, este sí que es un medio mucho mas seguro; porque en este caso yo te prometo mi amistad, y el favor de los Emperadores. P. Mi ambicion es muy poca; yo me pasaré muy bien sin el favor de los Emperadores, y os estimo vuestra amistad. Podía hacer en el mundo una figura bastante considerable; pero hago tan poco caso de los bienes de la tierra, que por servir á mi Dios lo he renunciado todo. M. Desnudadle, y dadle cien golpes con nervios de bueyes. Díxole el Centurion Demetrio: Mira por tí, amigo mio, y no te dexes así bañar todo en sangre. P. Yo os abandono mi cuerpo, vuestros

tormentos son para mí un agradable refrigerio. M. Infeliz! ¿es posible que has de querer permanecer siempre en tu obstinacion; y tu locura ha de ser incurable? P. No soy yo tan necio, ni tan loco como pensais; por mas cuerdo me tengo yo que vosotros, y por eso no sacrifico á los Idolos. M. Volvedle del otro lado, y dadle sobre el vientre. P. Señor, Jesus, socorred á vuestro siervo. M. Decidle á cada golpe: ¿Dónde está ese Jesus á quien llamas en tu socorro? P. Ya me ha oído, no lo dudeis, aquí está presente, yo conozco que me sostiene; y una de las señales de su proteccion es, que todos vuestros tormentos no han podido aún con lo que quereis. M. Mira el estado en que te hallas, y como la tierra está toda cubierta de tu sangre. P. Sabed, que quanto mas sufre mi cuerpo, mas aliviada se siente mi alma; y conforme se debilita el uno, la otra vá tomando nuevas fuerzas. M. Ponedle grillos en pies, y manos, y que no se permita á nadie el verle. ¿Dónde está el tercero?

Aquí está, Señor, dixo el Centurion Demetrio. M. Dí tu nombre. A. Si quereis saber la verdad, os digo que soy Christiano. M. Tus antepasados no se llamaban así: responde, pues, al caso. A. Pues bien, por satisfáceros, os digo, que me llamo Andrónico. M. ¿Y tu familia? A. Esta no es de las menores de Efeso; y mi padre tiene allí uno de los primeros puestos. M. Si quieres créeme, dexa todos esos discursos inútiles, y no hagas como los que te han precedido, que se han

han hecho los locos, bien que su locura les cuesta caro. Pero tú, si quieres seguir mi consejo, y si te he de hablar como si fueras mi hijo, adora á nuestros Dioses, rinde á nuestros Príncipes el honor que les es debido, y esto lo harás obedeciendo prontamente á sus órdenes. Mira que son nuestros padres, y nuestros dueños, y señores. A. Vosotros los llamais vuestros padres, y teneis al demonio por padre: vosotros sois sus hijos, y haceis las acciones de tales. M. Mira, joven, no abuses de la contemplacion que tengo á tu edad. Ya ves ahí todos esos suplicios dispuestos. A. Verdad es que soy joven, si cuentas mis años; pero mi alma ya ha llegado á la edad viril, y ya tiene toda la fuerza, y toda la madurez debida. M. Ea, dexa esas bachillerías, y sacrifica, si quieres librarte de los tormentos, porque con qualquiera resistencia no lo conseguirás. A. ¿Os parece que yo tengo menos ánimo, ó mejor gusto que los otros? ¿y os imagináis que he de querer yo cederles en valor, ó en fidelidad para con mi Dios? Pues os declaro que estoy pronto á sufrir todo quanto me quisiéreis hacer padecer. M. Desnudadle enteramente, y tendédle sobre el potro. Entonces le dixo el Centurion Demetrio: Antes que os dexeis desgarrar tan miserablemente, escuchad sola una palabra. A. Mas quiero perder mi cuerpo que mi alma, haced lo que quisiéreis. M. Sacrifica, Andrónico, y no me obligues á hacer extremos contigo. A. Yo jamás he dado culto á los Idolos en mi vida, y no he de comenzar hoy á hacerlo:

lo: ¿quereis que yo sacrifique á los demonios? M. Vamos, ya no hay que esperar nada de él, executad vuestras órdenes. Díxole el Carcelero Atanasio: Ea, haz lo que el Gobernador te pide: yo tengo dos veces mas edad que tú, y esto es lo que hace tomarme la libertad de darte este consejo. A. Para ser un hombre, que se cree tan cuerdo, y que tiene dos veces mas edad que yo, es cierto que me das un consejo admirable, como es el sacrificar á unas piedras, y á unos leños; tomadle para vos mismo, si quereis. M. Tú no sabes todavía lo que es sufrir el hierro, y el fuego; puede ser que despues de haberlo experimentado, renunciéis unas quimeras, que no te librarán de nuestras manos. A. ¡Dichosas quimeras! que nos hacen poner en Dios toda nuestra esperanza. La prudencia del siglo es la que dá la muerte. M. ¿Quién te ha enseñado todas esas extravagancias? A. La palabra que dá la vida, que la conserva, y que nos asegura que hemos de resucitar algun día, segun la promesa que Dios nos ha hecho. M. Déxate de todas esas locas imaginaciones, ó si no, mira que te haré atormentar sin misericordia. A. En tus manos estoy, tú eres el dueño, haz lo que quisieres. M. Pues no le perdoneis en nada. A. Señor, que sois un Dios justo, ved lo que sufro injustamente: mirad como me castigan, como si fuese un homicida, no habiendo cometido crimen alguno. M. ¿Llamas tú no tener culpa el haber despreciado los decretos de los Emperadores, y desafiádome hasta en mi tri-

tribunal? A. Yo creo en Dios, desfiendo su verdad, espero en su bondad, ved aquí todo mi delito; por esto es por lo que se me hace sufrir. M. No nos vendas tanto tu piedad, y tu Religión; la tendrías en efecto, si venerases los Dioses que los Emperadores adoran. A. Impiedad es, y no religión el abandonar el culto del verdadero Dios por adorar el bronce, ó el marmol. M. Luego segun tu estimacion, infeliz, y detestable, ¿nuestros Príncipes son unos impíos? Que lo vuelvan, y que le metan puntas de hierro por los costados. A. En tu poder estoy, haz de mí lo que quisieres. M. Tomad pedazos de tejas, y frotadle con ellos sus llagas. A. Por cierto que acabais de dar á mi cuerpo un grande alivio. M. Yo quiero ir poco á poco acabando contigo. A. Vuestras amenazas no me dan miedo. El espíritu que me conduce, es mejor que el que os hace obrar. M. Ponedle al cuello una gruesa cadena, y otra á los pies, y que se le guarde con cuidado.

INTERROGATORIO SEGUNDO.

EN MESOPUESTE EN CILICIA.

FLavio Cayo Numeriano Máximo, Gobernador de Cilicia, estando en su Audiencia, dixo al Centurion Demetrio: Entren los Christianos, esos hombres impíos. Este respondió: Aquí están, Señor. Y Máximo habló de esta suerte: Bien sé que

que la vejez se ha de respetar, pero es quando la acompañan la cordura, y la prudencia; y así Taraco, si, como creo, que habiendo tenido lugar de hacer tus reflexiones, has mudado de parecer, y estás dispuesto á obedecer á nuestros Príncipes, y á sacrificar á los Dioses, quiero tambien asegurarte, que estoy pronto á dar á tu edad, y á tu mérito todo el honor que le es debido. T. Plugiese á Dios, á este Dios, que es el único, y verdadero Dios, que vuestros Príncipes, y todos los que por complacencia, ó por preocupacion siguen los mismos errores, pudiesen salir de la estraña ceguedad en que estan; y que ilustrados por la Fé, pudiesen andar á favor de sus luces por el único camino que lleva á la vida. M. Quebradle las quixadas con una piedra, y decidle: Dexa de ser loco. T. Esta locura, que me reprehendeis, no es sino una verdadera prudencia; y la vuestra no es sino una verdadera locura. M. Ya no tienes ningun diente, infeliz, y acaban de hacértelos polvos, salva á lo menos, lo restante del cuerpo. T. Aunque me hiciéseis mil pedazos, siempre sería mas fuerte, porque toda mi fuerza viene de Dios. M. No importa, créeme, que aún será para tí mejor partido el sacrificar. T. Si yo creyese que esto me habia de ser tan ventajoso como dices, no padecería tan grandes tormentos. M. Abofeteadle otra vez, y decidle: Responde bien. T. Me has hecho quebrar todos los dientes, y quieres que responda? M. Ah insensato! despues de todo esto aún

aún no te rindes! Acércate, pues, al altar, y sacrifica. T. Si me has quitado el medio de hablar á lo menos con alguna facilidad; no me has podido quitar la habla interior, y mi alma cada vez está mas firme, y mas inalterable. M. Ah hombre maldito de los Dioses! yo hallaré el secreto de quitarte tu locura: traigan un brasero con carbon bien encendido, y metedle las manos dentro, hasta que se quemén. T. Si no es mas que eso, vuestro fuego poco vale: solo hay uno, que es el que yo mas temo; y este es el fuego eterno. M. Ya tienes tus manos del todo tostadas, ¿no es tiempo de que llegues á ser cuerdo? Ven pues á sacrificar. T. Parece que me habláis como si ya me hubiéseis hecho consentir en lo que pretendéis de mí; y como si vuestra crueldad me hubiese quitado la fuerza de poder resistiros mas: aun no estoy en ese estado, gracias á Dios, y así no teneis mas que continuar, que aún os he de hacer trabajar. M. Colgadle por los pies con la cabeza abaxo, y encended fuego, que haga mucho humo. T. ¿No me ha podido hacer temer tu fuego, y pretendes intimidarme por tu humo? M. ¿Y sacrificarás ahora? T. Bien podeis vos sacrificar, si quereis, que yo no lo haré. M. Traed vinagre, y sal, y echádselo en las narices. T. Tu vinagre nada tiene de fuerte, y no hay cosa mas sosa que tu sal. M. Mezcladle mostaza, y frotdadle las narices. T. Sábete que tus verdugos te engañan, y que me han dado miel por mostaza. M. Basta por ahora: entretanto yo imaginaré al-

gun

gun otro nuevo tormento, y no se ha de decir, que yo he salido vencido en este negocio; preciso será que dexes tu locura. T. Está muy bien, siempre me hallarás pronto á responderte. M. Quitadle de ahí, y volvedle á la carcel. Que entre otro.

Aquí está Probo, dixo el Centurion Demetrio. Y bien, ¿lo has pensado bien? ¿Has sanado ya de tu locura, y vienes ya con ánimo de sacrificar á los Dioses? Nuestros Príncipes ya sabes tú que todos los dias les ofrecen sacrificios por la salud de sus vasallos. P. Otra vez se renueva en mi corazon una nueva audacia: los tormentos que he sufrido, no han servido de otra cosa que de hacerme mas fuerte, y mas vigoroso, endureciendo mi cuerpo; y me siento con una firmeza capaz de sufrir todos quantos me podeis hacer padecer. Ni vosotros, ni vuestros Príncipes alcanzarán de mí, que sacrifique yo á unos Dioses que no conozco. Yo tengo á mi Dios en el Cielo: yo le sirvo, yo le adoro; pero ni sirvo, ni adoro á otro que á él. M. ¿Pues qué, infelíz, los Dioses que nosotros adoramos, no son Dioses vivos como el tuyo? P. ¿Cómo unas piedras, y unos leños, que son obra de un Escultor, han de ser Dioses vivos? Gobernador, no sabeis lo que os haceis, quando sacrificais á esta suerte de divinidades. M. Hombre malvado, ¿cómo tienes la insolencia de decir que no sé lo que me hago quando adoro á los Dioses inmortales? P. Perezcan para siempre esos Dioses inmortales, que no han hecho ni

el

el cielo ni la tierra. M. Escucha, dexa todas esas astucias, que no te han de servir; si quieres que te salve la vida, dales incienso. P. Yo no puedo dárselo á muchos Dioses; un solo Dios, es el verdadero Dios; yo le adoro, y le adoraré. M. Pues bien, vén, y sacrifica á Júpiter el gran Dios, y de los demas te dispenso. P. Yo tengo un Dios en el Cielo, no temo nada, y á él solo adoro. Ya os lo he dicho tantas veces, que esos á quien vosotros llamais Dioses, nada son menos que Dioses. M. Y yo te digo otra vez, que dés culto, y adoraciones á Júpiter, Dios poderosísimo. P. ¿No teneis vergüenza de llamar Dios á aquel á quien los adulterios, los incestos, y otros delitos aun mas enormes importan de nada? M. Dadle en la boca con una piedra por haber blasfemado. P. ¿Por qué me han de dar por eso? ¿Adelanto yo alguna cosa nueva, ó falsa? ¿Los que sacrifican á Júpiter hablan de otro modo? ¿Vos mismo no lo habeis dicho siempre? M. Es preciso contener estas sátiras: que pongan al fuego una plancha de hierro, y en estando caldeada, que se la pongan baxo las plantas de los pies. P. Ese fuego no tiene ningun calor, ¿lo menos, yo no lo siento. M. Dexad la plancha por mas tiempo al fuego, y no la saqueis de él hasta que esté hecha toda asqua. P. Ahora comienza á sentirse un poco el calor. M. Atenle, pues, tiéndanlo sobre el potro, y azótenle con correas de cuero crudo, hasta que sus espaldas estén todas bañadas de sangre. P. Todo eso no me hace fuer-

uerza, si no inventais alguna cosa nueva, y haceis la prueba, que entonces reconocereis el poder de Dios, que está en mí, y que me fortifica. M. Raedle la cabeza, y echadle encima carbones encendidos. P. Ya me habeis hecho quemar la cabeza, y los pies, y esto no ha servido sino de ostentar el poder, y la bondad del Dios que adoro, y de convenceros de vuestra impotencia. Yo sirvo á mi Dios, que me salvará, y no á vuestros Dioses, que no pueden hacer mas que perder á los que los sirven. M. ¿Con que todos los que están aquí, y que sirven á los Dioses, están perdidos? Al contrario, son felices, honrados de los Emperadores, y amados de los Dioses mismos, quando tú por tu desobediencia eres el horror de todo el mundo. P. Todos quantos decís perecerán infaliblemente, si no hacen penitencia, puesto que contra el testimonio de su conciencia han abandonado al Dios vivo, por adorar á los Idolos. M. Acabadle de quebrantar todas las quixadas, para que no diga mas un Dios, sino los Dioses. P. Mal Juez! Juez iniquo! tú me haces quebrar los dientes, y desfigurar todo el rostro porque te digo la verdad. M. No solo te mandaré quitar toda la dentadura, sino tambien cortar esa lengua, que profiere tantas blasfemias. P. Tú me harás cortar la lengua; ¿pero me podrás tú por ventura quitar esta habla interior, é inmortal, que oirá Dios siempre á pesar tuyo? M. Volvedle á la carcel, y traed el tercero.

Dixo el Centurion Demetrio: Señor, aquí